

y vi la fortuna  
veloz sonreír.  
Mas ¡ay! de repente  
mis dichas volaron  
y el gozo tornaron  
en duro gemir.

*Ana Maria Franco.*

## VARIEDADES

### De la barba.

La historia de las extravagancias de la especie humana es fecunda en hechos, y por una inconsecuencia inexplicable, aquellos al parecer mas indiferentes, producen á veces acontecimientos de la mayor importancia.

El uso de la barba ha ocupado en otros tiempos la atención de los filósofos, de los legisladores, de los príncipes y de los magnates, y ha probado su influjo de una manera ridícula unas veces y otras funesta, á la paz pública, á las instituciones y aun á las creencias.

El objeto de este artículo es bosquejar rápidamente las principales vicisitudes que ha tenido el uso de la barba en los tiempos antiguos y modernos, separando nuestra vista de las guerras sangrientas que ha suscitado y de las disputas lastimosas, á que ha dado lugar en los siglos medios, como punto de disciplina y como materia de controversia. Tiempo es ya de que este funesto legado de nuestros mayores quede en el olvido para siempre.

La barba ha sido considerada en algunos pueblos antiguos como signo de virilidad y sabiduría. Por esto se representaban con ella los dioses, los héroes y los filósofos.

En Grecia fué general el uso de la barba hasta el tiempo de Alejandro, el cual, segun Plutarco, mandó á los macedonios cortarla y tambien el cabello, para que el enemigo no pudiera apoderarse de ellos por este medio.

Los filósofos la consideraron con grande aprecio, y los de la secta Cynica especialmente, toleraban toda clase de insultos, menos los que se dirigian contra su barba.

Esta opinion estaba muy extendida en varios pueblos del Oriente. David. (Reg. 2, cap. X) declaró la guerra y venció á los Amonitas por haber mandado Hanon, su señor, raer la mitad de la barba á los embajadores del rey profeta. Esta accion fué considerada como la mayor de todas las afrentas. (1)

Despues del tiempo de Alejandro continuaron los griegos afeitándose hasta Justiniano. Este emperador restableció la moda de dejarla crecer y siguió asi hasta la toma de Constantinopla por los turcos.

En los años 454 de Roma, P. Titius Mena, á su vuelta de Sicilia trajo consigo barberos de esta isla. Scipion africano fué el primero que se sirvió de ellos, haciéndose afeitar la barba diariamente. Esta moda se generalizó bien pronto, pero se dejaba crecer como señal de luto ó afliccion en los sucesos infaustos. Por esto se vé á Augusto representado con barba en las medallas posteriores al año 711 de Roma, indicando asi la pena de este emperador por la muerte de Cesar.

Sin embargo, de esta costumbre no era permitido á los jóvenes el afeitarse hasta los 21 años cumplidos. El dia de esta solemnidad se verificaba la ceremonia con una gran fiesta de familia. Una persona condecorada cortaba la barba y depositada en una caja de oro ó de plata, segun el rango, se daba en ofrenda á los dioses, ordinariamente á los penates. Esta persona tomaba entonces el título honroso de padrino. Adriano volvió á usar la barba para ocultar, segun se dice, las cicatrices que tenia en el rostro, y su ejemplo fué seguido en todo el imperio.

Los godos y los francos usaron bigote y no barba. Cleodoveo fué el primero que quiso espresar con ella su nueva condicion de Patrio romano.

Asi se estableció el uso de la barba en Francia hasta el siglo XII en que S. Luis y sus sucesores dejaron de llevarla. Un acontecimiento extraño la volvió á la moda.

(1) Las locuciones tan comunes entre nosotros de *respetad esas barbas, esto no se hace en mis barbas* (á mi presencia) y otras semejantes han podido venir de este origen.

En una diversion á que asistió Francisco I en 1521, recibió una herida en la cara por un tizon encendido, que por casualidad arrojó uno de los concurrentes. El rey estuvo á punto de perder la vida y le resultaron unas cicatrices que le desfiguraban notablemente el rostro. Para ocultar esta deformidad, dejó crecer la barba; los cortesanos imitaron á su monarca, y llegó á ser moda, lo que en su origen no tuvo mas designio que el ocultar un defecto.

En España prevaleció el uso de la barba en casi todo el período de la edad media, sufriendo sin embargo diferentes modificaciones. Llegó á ser moda el variarla de color y el que fuese larga en demasia. Para corregir estos abusos se promulgó una ley en las córtes de Cataluña en tiempo de D. Pedro, rey de Aragon (año 1351) prohibiendo el uso de las barbas postizas.

En Inglaterra fué general por muchos siglos el uso de la barba, y era considerada como signo de dignidad y de respeto. Algunos hombres, célebres por otra parte llevaron su entusiasmo por ella hasta un punto que parece increíble. El historiador Hume refiere que al tener el desgraciado Tomás Morus su cabeza sobre el tajo, observó que su barba iba á ser alcanzada por el hacha y suplicó al verdugo le permitiese separarla; «mi barba, dijo, no ha hecho traicion alguna.» Otros ejemplos muy parecidos pudiéramos citar en confirmacion de nuestro aserto.

El lujo y la galanteria del siglo de Luis XIV, produjeron en la moda un cambio notable. El traje de la edad media, usado hasta entonces en Francia, fué reemplazado por el nuevo de Italia y de otros países y la barba desapareció enteramente.

La patilla, el bigote y la pera pueden suplir en cierto modo el adorno de la barba; pero siempre con menos ventaja.

La barba es como el fondo del cuadro que hace resaltar el conjunto de las facciones del rostro, dándoles un aspecto noble y severo. Esta es una de sus propiedades, y ademas la de servir de intérprete á la fisonomía.

La barba de Júpiter Olímpico se representaba larga y ondulosa; la de Hércules certa y rizada; la de Priamo, Agamenon y otros héroes marca bien las cualidades de cada uno, segun los hechos de su historia. Este estudio en las medallas y bajos relieves de la antigüedad, que ha llegado á nosotros, está confirmado por la experiencia diaria y esto se aplica. El temperamento, la edad, el clima, etc. influyen en toda la economía y por consiguiente en la barba. Los hombres biliosos, los que se hallan en la fuerza de los años, los que habitan países cálidos y secos, tienen la barba negra, dura y rizada como los árabes, los etiopes y otros pueblos. Lo contrario se observa en los individuos que están bajo la influencia de causas opuestas; pero siempre imprime á la fisonomía un carácter de nobleza, que conserva el hombre hasta una edad muy avanzada.

La barba del anciano es una ruina venerable que ha resistido por mas tiempo á la accion destructora de los años.

Fuerza es que al terminar abandonemos, aunque con pena, el lenguaje serio de la historia y digamos algo de lo que pasa en nuestra época. La barba es en el dia el problema irresoluble del elegante; el golfo donde zozobran los petimetres; el nudo gordiano que ofusca á todos, y el *quid divinum* que ninguna alcanza. Sigue la barba el rumbo de la moda en los trajes, es decir, no sigue ninguno en este torbellino de variedades. Fluctuante el *fashionable* en este Océano de confusiones; sin brújula que á buen puerto lo conduzca; ignorando por lo comun las reglas de la belleza; poseedor omnívoro de sus pocas ó muchas barbas; desesperado de no acertar y como por un movimiento instintivo, corta y rae á su antojo, hasta encontrar aquella forma que mas le alaban. Unos aprovechando su frondosidad, la dejan tan luenga y ondulosa, que causaria envidia al mismo Agamenon; y por cierto que esta se asocia muy mal con el corbatin, chorrera, chaleco vuelto, y frac con faldon de cuatro dedos. Otros, mas modestos, hacen de cada uno de sus carrillos, dos, dividiéndolos por medio de una patilla que si está larga y espesa, dá un aire de fiereza, intimidada á los niños y á las mugeres medrosas, y si corta parece un pedazo de zalea. Otros la llevan en forma de pincel, como la usaba Francisco I. Si tienen la cara redonda, les dice bien, si ovalada mal, si puntiaguda, pésimamente. No estamos nosotros por las caras raidas; gustánnos los atributos de la virilidad; pero en la anarquía que reina en los rostros contemporáneos, desearíamos se adoptase el uso de la barba que mas bien dice con nuestro traje y mas favorece generalmente al semblante, á saber: la barba corrida, y á menudo despuntada. Cada pobre sin embargo hará en su propiedad lo que mejor le parezca.—B. M.

*De la Guia de Comercio.*